

Sintonia

Veledades

Quizá todo se regule sistemáticamente. A lo mejor estos días nublados, lluviosos y grises están en su lugar. Pero no dejan de resultar antipáticos en plena primavera. Y más todavía si se producen en sábado y domingo.

Bien es verdad que muchos exclamarán: «Ah, si el domingo hace buen sol. Verás como lo disfrutaré.» Que la realidad luego es distinta; que luce el sol y entre levantarse tarde, barbería, café y cine uno no se da cuenta. Bien. Allá cada uno se las arregle como mejor le plazca.

Pero esta neblina, esta llovizna persistentes interesa a un sector: a los cines y a los que viven del campo.

Al fútbol tanto le da una cosa como la otra, porque impertérritos, sus jugadores y aficionados aguantan estas veledades primaverales.

Un sector, un delicado sector está pendiente de estas metamorfosis climáticas: el turismo. Estas tandas de vanguardia que llegan ahora mismo, pueden o no pueden ser las víctimas de nuestra primavera. Vienen en busca de una de las pocas cosas que nos quedan para ofrecerles que es el sol. Y si este no quiere salir a recibirles y acompañarles cada día, será una desgracia.

Nosotros no lo queremos. Lo repetimos una vez más, porque siempre hemos deseado el bien común.

AVISO

SAN FELIU DE GUIXOLS 11 DE ABRIL 1957 - NÚM. 479 - AÑO IX



Tratamos ya en un comentario anterior de la relación que debe existir entre el progreso económico y urbanístico de una ciudad y el nivel cívico y ético de sus habitantes. Es de ley evitar contrastes lamentables entre ambos

Nuestra ciudad debería ser moralmente muy fuerte, debería tender hacia esa fortaleza para saber distinguir entre el conjunto de una serie de influencias extrañas aportadas por el turismo, el grano de la paja, el trigo de la cizaña.

Y aunque en este aspecto la única voz autorizada, para ser oída, es la que del púlpito nos llega, a la ciudad también le corresponde su papel en la tarea de defenderse y evitar que arraiguen en su suelo costumbres indeseables, que, si no siempre francamente malas, pueden mover a desorientación a quienes las aceptasen.

En primer lugar, no debemos olvidar que el turismo que nos visita está de paso, que vive sus vacaciones. Si, aquí, huelga y se divierte es porque antes trabajó y rindió plenamente su deber. Si gasta en frivolidades, es que antes ahorró en necesaria austeridad. Estas pequeñas consideraciones pocos se las plantean, y, si lo hacen, las digieren mal; y toda la ejemplaridad que sacamos es de lograr divertirnos como ellos lo hacen y conseguir emularlos en intensidad de evasión.

No hemos de olvidar que ellos están de vacaciones, y que irrumpen en la vida nuestra, en la vida de un diario trabajo. Cualquier comparación entonces resultará extemporánea. De acuerdo en que, para muchos de nosotros, resultarían prohibitivas unas vacaciones como las que nuestros visitantes pueden permitirse; pero esto es ya una cuestión que radica en el standard de vida de cada nación y en el complejo valor de los símbolos monetarios. Y para bucear en sus causas y razones y tratar de aportar una solución, no nos corresponde a nosotros, sino a economistas preclaros.

Simplemente queremos señalar que es a todo punto imposible comparar la vida del turista visitante con la vida del pueblo visitado. El pueblo vive su vida normal, ellos viven unos días de tránsito. No son normativas las formas de vida que en ellos podemos apreciar; viven un paréntesis. Un paréntesis que

luego se cerrará al regresar a sus hogares. Admitido esto, la discriminación de costumbres es mucho más fácil.

Naturalmente, cada cual vive sus vacaciones a su manera. La mayoría de los turistas nos dan buenos ejemplos de su cultura y civismo. Pero en todo rebaño se encuentra siempre una oveja negra. Y para librarnos de su mala siembra hay que estar alerta. La ciudad debe tener conciencia de la jerarquía de sus valores. Debemos tener presente todos que antes que industriales, negociantes o asalariados adscritos a un trabajo determinado, somos seres humanos responsables de unos valores morales y espirituales, conseguidos y sancionados por muchas generaciones; por las generaciones que nos precedieron y que dibujaron el alma de nuestra localidad. Valores que nos definen, que están muy por encima de las veledades de las modas, valores que permanecen a pesar de la natural evolución de los pueblos. Y a estos valores hemos de ser fieles, como fieles hemos de seguir respecto a nosotros mismos. En resumen, la ciudad debe ser; no aparentar. Debemos huir de la equivocación que supone el montar cada año una especie de escenario y de transformarnos todos en comparsas de un sainete ambientado en Jauja, dedicado al regocijo de los pocos turistas que conceptúan las vacaciones como la más baja evasión como una vulgar mascarada.

Somos como somos y en la directriz de nuestros anhelos. Una y otra premisa han de quedar claras, transparentes. Hemos de eliminar todo lo que huele a escenario, a falso. Nuestra vida es nuestra, e invitamos a compartirla a quienes de buena fe quieran vivirla con nosotros, aunque sea por un período breve. No somos nosotros los obligados, ni menos llamados, a vivir en vacación ininterrumpida cuatro o cinco meses al año.

Bien está que se ofrezca al turismo toda clase de espectáculos; pero dignos, auténticos, que no menosprecien nuestros específicos valores racionales. Hemos de eliminar toda clase de chabacanería, el vestirse con atuendos extraños, borrar el falso folklore..., cosas todas ellas que van extendiendo peligrosamente su campo de acción, como si la ciudad se empeñase en desfigurar su alma, como si la ciudad desdeñase su cuna cenobita y de trabajo, su austera forma de diversión.

Presentemos nuestra real fisionomía, sin caretas deformantes, y todos saldremos ganando. Indígenas y forasteros.